

trata la novela. Nadie de la llamada "clase alta" y sí algunos hombres y mujeres del pueblo, a los que se ve desembolsar el precio con un gesto grave, sin sonrisa.

* * *

Junto a la corriente de ejemplares que se van, junto a la muda y elocuente aprobación de "los reincidentes", comienzan a llegar las opiniones de los escritores y periodistas, de los que componen el ambiente literario. Es singular la reacción que produce en ellos la novela de Merino. Parece como si contuviera un ácido activo que no admitiera, al mezclarse con el opinante, medias tintas.

Afirman decididamente, sin vacilar: "No me gustó nada "Regazo Amargo". Otros dicen: "A mí, si me gustó". Para ser veraces, tendríamos que añadir que, en este campo, los "no" superan a los "sí", y las negativas al mérito de la novela premiada pronto deshacen el empate intelectual, que resistió apenas la primera semana.

Tal vez no esté de más insistir en que la cruda corriente vital que registra el escritor en "Regazo Amargo", produce reacciones encontradas. Desde un sentimiento de ternura y de eco con la dramática ruta de los personajes, hasta una cierta reacción indignada como si eso "no pudiera y no debiera gustar".

Sin embargo, todo esto son opiniones orales; confidenciales podría añadir. Creo que, siempre que puedan recogerse, testimonian con vehemencia la repercusión que suscita una obra. Y no son precisamente las novelas débiles y deshechas, las novelas sin vida, las que hacen saltar la chispa sagrada del desacuerdo.—*Darío Carmona.*



<https://doi.org/10.29393/At361-362-80TPJL10080>

"TERESA DE LA PARRA" (clave para una interpretación), por *Ramón Díaz Sánchez*. Ediciones Garrido, Caracas, 1954. 201 páginas

El estudio de la novelista venezolana Teresa de la Parra (1890-1936), sigue apasionando a los escritores de su patria. Hay en Vene-

zuela un justificado fervor por la obra, tan breve, de la fina prosista, que se limita a dos obras de ficción: *Ifigencia. Diario de una señorita que escribió porque se aburría* y *Memorias de mamá Blanca*. Se conserva, además, un *Diario* y un conjunto más o menos numeroso de cartas. Recientemente, han aparecido dos *Epistolarios* suyos; uno con prólogo de Picón Salas (Cruz del Sur, Caracas, 1951) y el otro editado por la Línea Aeropostal Venezolana, en la décima de sus publicaciones (Caracas, 1953). A esos últimos homenajes a la gran novelista se suma ahora el libro de Ramón Díaz Sánchez (n. en 1903), escritor que ocupa en el panorama actual de la literatura de ficción venezolana un lugar primerísimo, sobre todo por su *Cumboto*, gran novela americana.

Díaz Sánchez es un honrado trabajador intelectual. Por ello le interesa que se interprete bien la intención con que ha hecho su nuevo libro y no se crea que él lo considera obra definitiva sobre la escritora. En una carta recogida a modo de prólogo, Díaz Sánchez explica a un amigo cuáles han sido sus pretensiones biográficas frente a Teresa de la Parra: “este libro carece de pretensiones; es apenas una exploración de la vida de la escritora con elementos tomados de su correspondencia (la que conozco), sus conferencias, sus libros, sus fotografías y fragmentos de su *Diario*, todo ello aderezado con referencias oídas a personas que la conocieron y la trataron” (pág. 9).

El autor de *Mene* tiene vasta experiencia en el terreno de la biografía, demostrada con su libro *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, que hasta el momento ha merecido tres ediciones. En su visión biográfica de Teresa de la Parra, a pesar de su insistencia en el sentido de que no se trata de un trabajo definitivo, ha logrado Sánchez comunicarnos lo esencial de la personalidad de la autora venezolana, sobrepasando siempre la frialdad informativa del dato cronológico. Díaz Sánchez considera a nuestra novelista una de las figuras más interesantes de nuestras literaturas: “Teresa —escribe, pág. 17— es quizá la figura más compleja y sugestiva que ha producido la literatura hispanoamericana en los últimos tiempos. Y lo es menos por lo que escribió que por lo que anheló escribir. Lo es, sobre todo,

por el dramatismo que frustra, con su propia existencia, su confuso deseo de plasmar la simbiosis estética entre lo europeo y lo americano”.

Conocemos a la ilustre novelista en ese aspecto y en los momentos en que un tema la apasionaba: el de su frustrada vida de Bolívar, cuya trayectoria se puede apreciar en su epistolario al historiador D. Vicente Lecuna, fallecido recientemente. Figuran estas cartas en el *Epistolario* de la autora que publicó Cruz del Sur en Caracas (1951). Son once cartas al historiador las que permiten suponer cómo habría sido ese libro que nunca pudo escribir la autora de *Ifigenia*.

Estudia Díaz Sánchez el papel que en la vida de Teresa de la Parra tuvo el amor. Poquísimo se sabe en este sentido. “Pocas son las alusiones que sobre este particular encontramos en los libros, el epistolario y los recuerdos orales y documentales de Teresa de la Parra, si se exceptúan su noviazgo con el escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide y el bello y doloroso romance que describe en *Ifigenia* y que más que la evocación de un hecho cumplido parece la nostalgia de un sueño” (pág. 23).

Difícil es, a pesar de todo acercamiento a Teresa de la Parra, desentrañar en totalidad su ser, la línea de su existencia, esquiva para sus biógrafos. Es el de ella “Un caso de insuficiencia temporal y de confusión ante los caminos. Ella poseyó, sin duda, los elementos para realizar una grande obra de novelista: cultura literaria, histórica y artística; exquisito gusto, fino y terso estilo, agudo sentido de la ironía (ese ingrediente esencial de la buena literatura tan escaso en los escritores del trópico); hondura de pensamiento, ternura, generosidad, dimensión filosófica. Careció empero de experiencia vital para desbordar el marco de su propia historia y dar vida a otros caracteres proyectados más allá de su propio drama” (pág. 24).

Relacionada con el tema anterior está la pretendida proyección autobiográfica de *Ifigenia*. G. Zaldumbide, el eminente crítico colombiano, la aceptaba en juicios de 1924, coincidentes con la aparición de la novela, pero en carta dirigida a Díaz Sánchez (pág. 28) hace

esta afirmación de interés: "Por entonces (...) creía yo comprender a Teresa al través del deslumbramiento de sus dones, confundiéndola un poco con su María Eugenia a causa del brillo y aureola de su invención. Conocí luego a la Teresa verdadera, tan distinta. No hay en *Ifigenia* de autobiográfico sino lo indispensable para dar acento personal a sus digresiones. Errarán siempre, como erré yo entonces un tanto, quienes confunden la creación literaria con la vida misma cual si fueran una y misma".

En la parte II de su libro estudia Díaz Sánchez la existencia de la novelista entre los años 1922 y 29. Interesa de ella, sobre todo, el capítulo primero "La revelación de la artista". Allí sabemos, por ejemplo, que fué Teresa la encargada, en 1921, con motivo de la visita del príncipe Fernando de Baviera a Caracas, de leer un mensaje en respuesta al que la madre del príncipe dirigió a las mujeres de Venezuela. La belleza de su figura, su distinción y la cultura que revelara, atrajeron entonces las miradas de todos. Pero su verdadera iniciación literaria ocurre un año después, con motivo de los Juegos Florales de Ciudad Bolívar "que por aquellos años tenían mucha resonancia en la literatura venezolana" (pág. 33). A ese certamen envía Teresa su cuento "La Mamá X". "Fué tal la admiración que produjo al jurado que éste acordó declararla *hors concours* y otorgarle un galardón especial" (pág. 34). El cuento fué publicado en 1923 en un periódico venezolano. Para Díaz Sánchez, tal relato es "una excrecencia de la novela *Ifigenia* de la cual debió ser amputado por razones de técnica literaria perfectamente explicables" (ibíd.). El jurado que lo premió reconocía en él la vacilación de los primeros escauceos literarios, pero, como anota Díaz Sánchez, habría sido un atentado desechar su "profundo valor humano", es decir, una de las fundamentales características de toda la obra de nuestra novelista.

Por esos años trabajaba Teresa en su *Ifigenia*. "Quiero que al ser lo menos literario, lo más sencillo y lo más ingenuo del mundo, lleve dentro de sí... algo de burla, de ironía fina, de risa", declaraba a un periodista que la entrevistó. José Rafael Pocaterra, editor por entonces de la revista literaria "La Lectura Semanal", consiguió de Teresa una

primicia del libro en que trabajaba. Del "Diario de una señorita que se fastidia" aparecieron en 1922 —dos años antes de la publicación definitiva— seis mil ejemplares que se agotaron en poquísimos tiempo. Ese paso es el definitivo entre los iniciales de la novelista.

El ameno y profundo esbozo biográfico de Díaz Sánchez estudia en sus restantes partes la trayectoria espiritual de Teresa de la Parra. En la parte V analiza los años 1930 a 32, que señalan la etapa bolivariana de la escritora, y su interesante correspondencia con don Vicente Lecuna a propósito de su proyectada vida de Bolívar, que habría de desentrañar, especialmente, los aspectos íntimos del prócer, su vida amorosa. "Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa" (cit., pág. 117). Sabemos que la insigne escritora no pudo realizar esa aspiración tan sentida. De nada le sirvieron a Teresa sus angustias librescas, sus deseos de conocer cuanto importante se había escrito acerca de la figura de Bolívar, que tan bien ilustran sus constantes peticiones a Lecuna, erudito en la materia. Su naturaleza física, sin aviso, cortó de raíz sus aspiraciones.

Con sus pulmones derrotados, Teresa debe internarse en un sanatorio de Suiza. Esta etapa de su existencia la expone Díaz Sánchez en las hermosas páginas de la parte VI del libro que comentamos: "El estado de gracia". Y no otro estado es el que se inicia cuando un día sabe Teresa qué mal ha prendido en su cuerpo. A principios de 1932 anuncia a un amigo querido su estado con estas palabras: "Aquí estoy desde hace unos quince días, sola, en cama, con el balcón abierto de par en par sobre la nieve (...) Mi pobre "animal" de tierra caliente, expansivo y afectuoso, se encuentra espantado, pero el espíritu está tranquilo, conforme de antemano con todo, creyéndose entre tierra y cielo" (cit., pág. 135). Así, después, asistimos al declinar físico que se manifiesta muchas veces en la falsa aparición de energías y en esperanzados regresos de ánimo. Después, el imprudente regreso a París, la ida a España y la muerte "a las once de la mañana, en medio de la alegría de la primavera" (pág. 185). En-

terramiento en el cementerio madrileño de la Almudena y traslado, después, en 1949, al Cementerio General Sur, de Caracas, al que llama el pueblo Tierra de Jugo. Cerramos la bella evocación de Ramón Díaz Sánchez con el pesar con que abandonamos los libros que se tornan buenos compañeros. Aquellos que enseñan o que aclaran. Uno de los méritos de esta última obra del gran novelista venezolano es, precisamente el último consignado: iluminar poderosamente a la comprensión ajena la simpática figura de Teresa de la Parra, indudablemente la mayor figura femenina de la literatura venezolana.—*Juan Loveluck.*